



CHILINDRÓN Y EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

La de Lengua mandó escribir un cuento:

-El lunes que viene, quiero los cuentos sobre mi mesa.

Puso una cara seria, muy importante y muy fea. Tocó el timbre y se fue del aula.

¿Un cuento? Menudo marrón. Como a la fuerza ahorcan, Chilindrón abrió su cuaderno esa misma tarde. Cogió lápiz, goma de borrar, y se sentó a escribir. *Érase una vez...* Todos los cuentos empiezan así. Lo malo es que no se sabe cómo acaban. Luego hay que añadir quién era una vez. ¿Caperucita? ¿Un dragón? ¿Un caballero de hojalata? ¿Un oficinista? ¿La bruja de las tres averías? ¿Un repartidor de butano? *Erase una vez...* De pronto Chilindrón vio allí, delante de su cuaderno, una cola enorme de gente que esperaba que él lo eligiera, para salir al ancho mundo y andar tan ricamente por la calle. En la calle de Chilindrón se formó de pronto una cola enorme que acababa en el portal de su casa. El príncipe azul tocaba al porterillo con mucha educación y mil reparos. La Loba aullaba desesperada, suplicando que le dejaran entrar. El butanero daba enormes porrazos en el portal: “Oiga usted, que traigo la bombona y pesa un quintal. Que abra, que ya está tardando y no tengo todo el día.”

Chilindrón pensaba que escribir un cuento era pan comido, pero el escándalo que estaban formado los personajes en la calle era monumental. Desde la ventana los veía formando una larga cola. Muchos discutían, porque el dragón se acaba de colar. Un señor inglés con monóculo, un paraguas y un ridículo bombín los miraba con desprecio. Allí lejos, casi al final del gentío, Chilindrón vio a una niña de su edad. Estaba tan lejos que casi no le adivinaba la cara. Era flacucha y morena, y estaba callada, quizá asustada, porque la cola estaba interrumpiendo el tráfico y los coches pitaban impacientes...

Chilindrón volvió a escribir *Érase una vez...* Verdaderamente, no podía tardar ni un momento más en elegir a sus personajes. Dos policías estaban ya por ahí, preguntando qué ocurría y pidiendo la documentación. Eran gente gente insensible a las exigencias del Arte. De pronto Chilindrón se sorprendió escribiendo *Erase una vez una chica y un inglés*. De pronto la multitud se evaporó de la calle (también los dos policías), y allí en la acera sólo quedaron el inglés del bombín y una chica menuda y despistada. Chilindrón pensó de inmediato que con aquellos dos personajes apenas podría escribir el cuento. Pero si borraba lo escrito, volvería a formarse otro tumulto en la calle. Ya no había marcha atrás. El cuento había empezado mal, porque él no sabía inglés, y nunca había visto un bombín más que en la cabeza gruñona de Sabina. Y un monóculo –por Dios- para que mira un tuerto. Si era inglés debería llamarlo Míster. Pero Míster qué. ¿Cuál era su nombre? ¿Quién era el señor del bombín? ¿Quién era? Entonces cayó en la cuenta de que el inglés se llamaba Míster Who. Era un nombre misterioso y con mucho intrínquilis que le cuadraba bien a su personaje. Mister Who lo mismo podía ser el enigmático villano enemigo del 007, que un personaje de la máquina del tiempo. ¡Mister Who! Sí, señor. Chilindrón estaba contento porque el inglés le había dicho su nombre. Ahora solo le quedaba echarlo a andar por el mundo y observar por dónde iba y a qué se dedicaba. Míster Who

estaba en ese momento en una encrucijada de muchos y muchos caminos. Unos llevaban a un castillo en la cima de un cerro pelado donde vivía él, el archienemigo de su Graciosa Majestad. Mister Who: el Portentoso Villano Inteligente. Otro camino conducía a un bosque y allí, en un claro, estaba parada la máquina del tiempo que provenía del año 3.247 d C. Se conoce que los bombines también se usarán en el futuro y la voz de aguardiente peleón de mister Sabina sonará en un bafle digital en forma de bombín. Delante de los ojos de Chilindrón había un enjambre de caminos que empezaban con unas señales de tráfico muy grandes y señalaban cada una su dirección: A Londres, A Transilvania, Al futuro, A las islas vírgenes, A Canadá, A un castillo con fantasmas... Todos los caminos parecían llamarle: "Eh, muchacho, por aquí...Ven por aquí." El cuaderno de Chilindrón se había llenado de folletos turísticos, de carteles de películas, de portadas de libros de aventuras. Había mil cuentos, mil caminos para Mister Who. Chilindrón no sabía por dónde tirar porque todos igualmente le parecían muy entretenidos. Entonces el inglés abrió con parsimonia el paraguas, se ajustó el bombín y echó a andar por una calle que iba llenándose de niebla. Se dirigía a la estación de Sheffield. Allí tendría que esperar a que llegara el tren de las doce. Andaba de prisa porque el tiempo se le echaba encima. Faltaba poco. Tenía que llegar a punto.

Mister Who se perdió en un manojito de nieblas y entonces la muchacha se quedó sola en la calle. Chilindrón se había olvidado de ella. La muchacha era tan tímida que apenas se había atrevido a levantar la voz en todo ese tiempo. Allí estaba ella, delgadita, mirando al suelo, sin saber qué hacer con sus manos ni sus brazos. Chilindrón le sonrió. Y ella dijo: "Bueno, y ahora qué." En realidad, Chilindrón no sabía qué iba a pasar con ella en adelante: quién era, a qué se dedicaba. Pero tenía que disimular. Al fin y al cabo, la muchacha se encontraba tan desvalida...Era tan frágil que Chilindrón sintió una oleada de ternura que le acercaba a ella. La niña se llamaba Matilde. Pero aquel nombre era muy feo. Su profesora de Legua también se llamaba Matilde y Chilindrón no quería estropearle a esa criatura la vida entera. Mister Who era un personaje creado por Chilindrón y ya se había ido a la estación de trenes. Pero Matilde era, en realidad, su semejante, su igual, su hermana. Si la llamaba Matilde, la chica viviría en un piso de 60 metros cuadrados, de dos habitaciones, un saloncito y una cocina angosta. Chilindrón quería algo mejor para Matilde. Se estaba encariñando con ella. Entonces se le ocurrió llamarla Matilda, como la chica del cuento. De pronto, los dos se encontraron montados en un tren, mirando en silencio por la ventanilla. Cruzan los campos verdes de una campiña inglesa. Matilda va muy hermosa (y muy callada) con su uniforme de un internado de señoritas. El tren traquetea, que es lo que hacen los trenes un poco anticuados. Traquetea y echa humo como fumando en pipa, y eso que está prohibido fumar en los trenes. Y más prohibido todavía está fumar delante de una señorita, Matilda, tan distinguida. Son las once y media y el tren se apresura a la estación de Sheffield. Allí los está esperando Mister Who. Cuando por fin se encuentren, ya nadie sabe qué harán. Chilindrón nota una punzada en el estómago. Se ha ido de viaje con una desconocida sin despedirse de nadie. ¿Qué hará su madre cuando descubra que esa noche el niño no ha dormido en casa? Y eso que el cuento no ha hecho más que empezar.

El lunes, a la hora de Lengua, Chilindrón dejó su cuaderno en la mesa de la profesora. En la primera página, escrito con pulcra caligrafía, aparecía el título: *Las aventuras de Matilda y Mister Who*, escritas por el alumno Chilindrón Rodríguez. La profesora lo hojeó: el cuento ocupaba todo el cuaderno, hasta la última página.

-Pero, vamos a ver: los cuentos no son tan largos. Esto parece una novela.

-Pues todavía no he escrito el final, por Mister Who se niega a irse de Inglaterra. Aún tiene un asunto pendiente con su Graciosa Majestad.

La de lengua lo miraba atónita. Verdaderamente, del alumno Rodríguez podía esperarse cualquier cosa.

Imagen: [https://en.wikipedia.org/wiki/Golconda_\(Magritte\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Golconda_(Magritte))